



Ignacio de Loyola. Psicología de un santo

Manuel Alcalá, SJ*

CON tal título y bien editada, ha aparecido la versión castellana de la obra del psicoanalista norteamericano W. W. Meissner SJ (1). Ignacio de Loyola es uno de los personajes históricos que han padecido un vaivén constante entre hagiógrafos piadosos y biógrafos de todo tipo. Así, las vidas «oficiales» de P. de Rivadeneira (1572) y J. P. Maffei (1585) están en la línea ditirámbica. Posteriormente, la serie «Monumenta historica Societatis Iesu» (1894) inició una nueva historiografía ignaciana y de ello dio prueba A. Astrain, al dedicar al santo el primer volumen de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (1902). Más tarde otras monografías iluminarían zonas desatendidas hasta entonces.

El enfoque de la presente obra, como género, no es nuevo. Desde la perspectiva psicológica, lo intentó M. de Iriarte SJ, en sus estudios: *Figura y carácter de San Ignacio de Loyola* (1914) y *La personalidad de Ignacio, vista en sus valoraciones* (1956). Desde la psicoanalítica, lo hizo L. Beirnaert SJ

(1) W. W. Meissner: *Ignatius of Loyola. The Psychology of a Saint*, 1992 (Yale Univ), 479. *Ignacio de Loyola. Psicología de un santo*. Madrid, 1995 (Anaya & Muschnide) 596.

* Doctor en Teología, periodista y escritor. Madrid.

en su libro *Experiencia fundamental de Ignacio de Loyola y experiencia psicoanalítica* (1964). Meissner no los cita.

La novedad de la presente obra es la globalidad. Su perspectiva es más amplia de la que sugiere el título, pues toca claves psiquiátricas y psicoanalíticas y afronta la figura de Ignacio, no sólo desde ángulo psicológico-estructural, sino, además, desde el subconsciente y hasta del patológico. La empresa era ardua pues ambas disciplinas presuponen contacto personal. El autor lo reconoce claramente y, ante un diálogo imposible, recurre al análisis mediato de las fuentes.

Su metodología es uniforme. Comienza describiendo hechos históricos para, a continuación, citar a psicólogos, psicoanalistas o psiquiatras, generalmente norteamericanos, contrastando con ellos sus afirmaciones. De ahí, elabora hipótesis o extrae conclusiones. Hay mucha repetición cíclica que, en varias ocasiones, lejos de aclarar, problematizan tales hipótesis. Sin embargo, el autor no pretende emitir juicios definitivos en un tema difícil, escurridizo y a la distancia de cuatro siglos sobre su personaje que era, además, un santo místico.

Infancia y conversión de Ignacio

FIEL a la mentalidad freudiana, Meissner insiste mucho en analizar la infancia de Iñigo de Loyola, desatendida por muchos de sus biógrafos o despachada con observaciones generales. Es quizá el aspecto de mayor originalidad. Se subraya que Iñigo fue el benjamín legítimo entre diez hermanos (3 hembras y 7 varones) y que tuvo tres hermanastros (un varón y dos mujeres). Se insiste en su pronta orfandad de madre, sustituida por su ama de leche, María Garín, y luego por el afecto de Magdalena de Araoz, su cuñada, que llegaría a resultarle problemático.

La identificación con una madre perdida y el clima patriarcal que le rodeaba provocaron en el personaje un narcisismo fálico, según Meissner. Su personalidad quedó marcada de exhibicionismos, orgullos arrogantes y voluntariedad narcisista. La tendencia aumentó con el clima «cortesano» en casa del contador real, Juan Velázquez de Cuéllar. El «ego» de Iñigo se volcó en fantasía caballeresca, vida laxa y excesos de la época.

Tales rasgos, en parte patológicos, experimentaron una dura crisis en Pamplona, continuada en Loyola y Manresa. Meissner la define como la

lucha entre «ego» y «super ego», acompañada de experiencias: ascéticas y místicas, junto a conflictos que le pusieron al borde del suicidio. Se reconoce que muchos de tales fenómenos lindaban lo «patológico», pero que no pueden reducirse a ello. De ahí que, aunque el talante de Iñigo pudo ser psicótico con ráfagas epilépticas, su perfil no puede precisarse demasiado, debido a los fenómenos extraordinarios y a la gran influencia de un «super ego» que perseveró hasta su misma muerte.

De interés son los análisis del autor sobre el libro **Ejercicios Espirituales** y de su discernimiento en busca de una elección. Aunque en rigor no se ofrezcan nuevas conclusiones sí es novedosa su formulación técnica, desde su peculiar perspectiva. En la última parte de su obra, Meissner estudia los aspectos místicos y ascéticos de Ignacio. En tal punto, sigue de cerca la obra de H. D. Egan SJ, *The spiritual Exercises and the Ignatian mystical Horizon* (1976) (Los ejercicios espirituales y el horizonte místico de Ignacio).

Retrato psicoanalítico de Ignacio

AUNQUE abunden las repeticiones y se observe una normal inseguridad en el autor, su retrato psicoanalítico del personaje sería, más o menos así: Producto de su evolución infantil y juvenil, Iñigo fue un niño con gran vacío maternal, sustituido por otro cariño familiar. Tal clima le hizo identificarse con un padre «machista», poderoso, arrogante y metido, como varios de sus hijos, en aventuras fuera de su matrimonio. Aquella actitud le fomentó un narcisismo, traumatizado muy pronto por el fracaso de la herida, las intervenciones quirúrgicas y la cojera.

La conversión le produjo una gran sustitución de ideales y posturas. Frente al «ego» narcisista, un «super ego» autopunitivo y masoquista. Frente a la vanidad, un autoexamen obsesivo. Frente a la sexualidad tan desordenada y al machismo imperante, una tendencia feminista, sublimada en el frecuente y constante trato pastoral con mujeres de todas clases: nobles, plebeyas, piadosas, solitarias y prostitutas. Frente al «tipo» autoritario, un nuevo concepto de obediencia, activa y pasiva. Frente a los conflictos de todo tipo, unas lágrimas de emoción desbordada ante el amor divino le enmarcan la síntesis trinitaria padre-madre. La llamativa visión de la serpiente que acompañó a Ignacio durante parte de su vida,

como símbolo del conflicto subconsciente, sería «barrida» por otra, en «La Storta» cerca de Roma, cuando Cristo le tomó bajo su protección.

Ignacio y la mujer

OTRAS partes de interés son las dedicadas a la fundación de la Orden y a su elección como General; a la redacción de las Constituciones y a sus ministerios femeninos, unidos a su rechazo de una rama jesuítica de mujeres, aunque admitiese la obediencia de alguna que otra. Se analizan algunos casos: Catalina, reina de Portugal; Juana, princesa de España; Margarita, duquesa de Austria, gobernadora de Flandes y Eleonora, mujer de Cósimo de Florencia. También, la religiosa clarisa Teresa Rejadella; Leonor de Mascarenhas y, finalmente, Isabel Roser viuda de Barcelona, a la que consideró como madre. Aunque no haya nada nuevo que no hubiese ya dicho, más pormenorizadamente H. Rahner, en su *Briefwechsel mit Frauen* (Epistolario con mujeres) (1956), a quien sigue, la síntesis es bastante buena y está bien visto el significado de tales amistades.

Meissner, con todo, no cita la más que probable paternidad natural de Iñigo, fruto de una aventura de la que nacería su hija María. Esta paternidad juvenil debió jugar un papel decisivo en su posterior temple y paternidad espiritual, especialmente con el mundo femenino.

¿Teología contra Psicoanálisis?

CONSCIENTE de las posibles malinterpretaciones de su obra, Meissner dedica uno de sus últimos capítulos a responder a posibles dificultades sobre el origen de los fenómenos místicos de Ignacio.

Basándose en el discernimiento ignaciano, se afirma que la gracia no suprime la naturaleza. De ahí que no haya que oponer el psicoanálisis a la teología. Ambos elementos pueden coordinarse. El «impacto» de Dios no puede reducirse al «inconsciente». Ignacio admitía el trato directo con Dios (consolación sin causa precedente). Sin embargo, eso provocaba unos efectos a través de los mecanismos psíquicos de su estructura personal.

Esto mismo indica que las reglas del discernimiento del libro de los **Ejercicios Espirituales** desbordan el psicoanálisis, ceñido a fenómenos naturales subconscientes, para conseguir su armonización con el «ego».

En resumidas cuentas, estamos ante una *psicobiografía* de Ignacio, la primera, tal vez, como intento global. La obra es seria y honda, a pesar de cierta obsesión cíclica y de la deformación típica de un enfoque tan sectorial, sobre un personaje desaparecido. Tal vez su mejor aportación sea ofrecer claves exegéticas a las tensiones de la personalidad de San Ignacio de Loyola.

Fuentes y carencias

EL material utilizado es múltiple. Así, los **Ejercicios Espirituales**, el **Diario espiritual**, muchas de las **Cartas** y las **Constituciones** de la Orden, textos redactados por el mismo Ignacio. También la **Autobiografía** dictada a L. Gonzalves de Cámara (1553-55). De las biografías, cita la excelente de P. Dudon (1934); la sectorial de P. De Leturia (1949) y la aguda, de A. Ravier (1974), junto a la muy documentada, de C. de Dalmases (1986). En cambio, ignora las recientes de R. García Villoslada (1986), descriptiva y hagiográfica, y la de I. Tellechea (1987), sintética y culturalista. No recoge artículos españoles más modernos, como los de L. Fernández «Los años juveniles de Iñigo de Loyola» (1981), y varios de R. García Mateo recogidos en la revista *Manresa* que le habrían completado varias perspectivas a su enfoque. Precisamente los aspectos culturales serían los menos atendidos en esta obra.

Una reserva más seria habría que hacer sobre la traducción. El hecho de retraducir al castellano, a través del inglés, los textos originales de Ignacio y otros autores, es peligroso, porque altera muchos matices. Hubiera sido mucho más exacto recurrir a los textos originales. De otra parte, llamar «Dieta de gusanos» a la de Worms (p. 187) difícilmente se puede atribuir a una errata de imprenta. Traducir Cassian por Casiano (p. 504), no es el único anglicismo. La selección gráfica es aceptable, aunque sería discutible si la reproducción de I. Salaverría en la portada de la traducción es más adecuada al contenido del libro que el cuadro de Ribera que presenta el original.